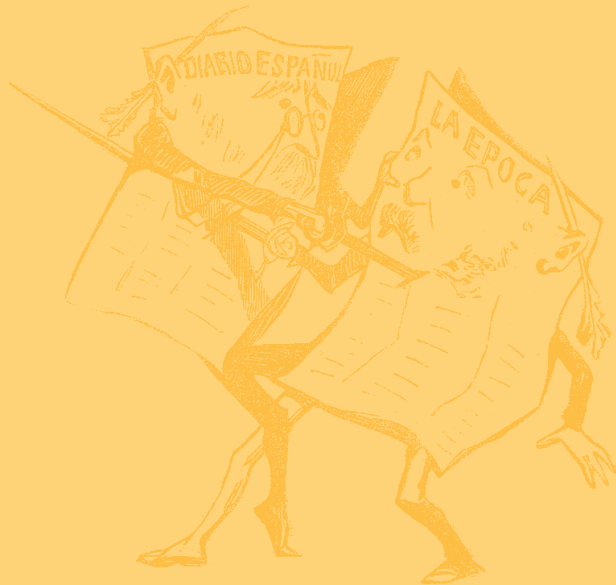




SANTIAGO DÍAZ LAGE

Escritores y lectores de un día todos

Literaturas periódicas
en la España del siglo XIX



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

ESCRITORES Y LECTORES
DE UN DÍA TODOS
Literaturas periódicas
en la España del siglo XIX

Santiago Díaz Lage

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Santiago Díaz Lage
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2020

Colección Humanidades, n.º 159
Director de la colección: Juan Carlos Ara Torralba

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

La colección Humanidades de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN: 978-84-1340-162-1

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 1694-2020

PREÁMBULO

D'entier vers far ieu non pes
ni ges de frag non faria;
e si fatz vers tota via
en l'an un, o dos, o tres;
et on plus sion asses
entier no frag no somia.

Bernart MARTÍ

Este libro no es una historia del periodismo ni una historia cultural y literaria de la prensa en España durante la segunda mitad del siglo XIX, aunque he intentado no ignorar la primera disciplina y pretendo aportar algo al proyecto de la segunda; es un análisis de algunas de las formas textuales que poblaron los periódicos de aquel tiempo, y una propuesta metodológica, de alcance más general, para leer la prensa del XIX. Si el elenco de autores, obras y asuntos que en él se trata no es exhaustivo, y podrán señalarse ausencias conspicuas, los capítulos que lo forman diseñan una problemática de conjunto que, a mi juicio, caracteriza el proceso histórico de emergencia de una cultura de la periodicidad y una cultura mediática.

Quisiera empezar por explicar el título que encabeza estas páginas. A finales de 1885, Eusebio Blasco, entonces residente en París, pronunció en el Ateneo de Madrid una serie de conferencias sobre «El periodismo en Francia». Los textos contienen noticias interesantes y curiosas sobre el oficio en Madrid y consideraciones generales que compendian los tópicos más extendidos entonces sobre la civilización del periódico:

Los siglos anteriores tuvieron el libro, la cátedra, la tribuna, el teatro, la pintura, la música, cuanto significa la ciencia o el arte. La prensa es nuestra; es nuestro tiempo que habla; somos nosotros mismos; los unos deseando hablar, y los otros deseando oír; escritores y lectores de un día todos, pero contribuyendo a esta maravillosa realización del consorcio de las ideas, de la comunicación constante de las gentes, de la propaganda de todo y de todos, de la civilización

llevada a domicilio, del siglo, en fin, hablando por su cuenta y adelantándose a la Historia. Antes que la prensa existiera, pudiéramos decir que la humanidad se conocía de oídas. Después que la prensa existe, dijérase que la humanidad se tutea. Ella es el motor universal, el intermediario entre todos los pueblos de la tierra, el intérprete cosmopolita que pone en comunicación a los pueblos unos con otros, a las sociedades y a las personas, y resumiendo en una hoja de papel diaria los hechos, las invenciones, los descubrimientos, las victorias, las derrotas, el libro, el teatro, el hecho privado, la noticia del suceso público, el juicio de la opinión, la política, la literatura, las artes, las modas, todo, absolutamente todo cuanto sucede, ha sucedido y cree que ha de suceder, escribe la historia contemporánea día por día, hora por hora, minuto por minuto, y en vertiginoso movimiento y sucesión de ideas llena la más alta misión de los tiempos modernos: difundir por todos los ámbitos del mundo la civilización y el progreso (Blasco, 1905, pp. 71-72).¹

Son juicios característicos, también por su optimismo y por su poder de naturalización ideológica. Blasco, con más de veinte años de carrera literaria a sus espaldas, reconoce en la lógica de la prensa periódica un vínculo entre la urgencia de la escritura y la urgencia de la lectura, que él, a diferencia de muchos contemporáneos, no considera cifra de las servidumbres del escritor moderno, sino deseos correspondidos que ligan a quienes escriben y a quienes leen. Subyace a todo el pasaje una analogía entre la prensa escrita y la comunicación oral, pero la larga enumeración de los asuntos que se recogen y resumen en «una hoja de papel diaria» ya permite pasar de la oralidad a la escritura y, por ahí, a la historiografía y la historia. Descubriendo la permanencia de lo fugaz y la duración de lo efímero, que no solo se refiere a lo ocurrido, sino que se adelanta a lo que «cree que ha de suceder», Blasco fuerza otra paradoja: la prensa realiza «el consorcio de las ideas» y cumple «la más alta misión de los tiempos modernos», en gran medida, mediante las veleidades y los impulsos de la *atención* y la *curiosidad* públicas, fuerzas en apariencia caprichosas, puede que incluso frívolas, que diluyen la seriedad de la *opinión*.

Pero el planteamiento de Blasco tiene implicaciones que no querría yo reproducir en este libro: su ufanía mediática, compartida con muchos de

1 Para la posible datación del texto, véase en *La Época* del 24 de diciembre de 1885 el resumen de la conferencia sobre «El periodismo en Francia» que había pronunciado Blasco la víspera. Es interesante cotejar sus contenidos con las obras autobiográficas del autor, especialmente con las conferencias del Ateneo en 1898, publicadas después con el título de *Memorias íntimas*: tengo a la vista la edición incluida en Blasco (1904a, pp. 1-179).

sus contemporáneos, transmite una cierta voluntad de conformarse con el estado de cosas dominante, cuyas implicaciones estéticas, ideológicas y políticas conocía bien. La lectura de la prensa del siglo XIX permite matizar la idea de que el periódico difundía la civilización y el progreso y calibrar la extensión de su circulación efectiva; puede que ni en las aspiraciones de los escritores ni en la percepción de los lectores tuviese la autonomía simbólica que le atribuye Blasco, porque ni sus condiciones editoriales ni las prácticas de escritura de las que se nutría se impusieron inmediatamente. Como es sabido, en el siglo XIX no existían límites definidos «entre ser periodista y literato, construir ficción y difundir información, entre la tribuna política o la cátedra y la prensa» (Palenque, 1998, p. 195); esta circunstancia no impidió que, con el tiempo, se definiera un perfil profesional para quienes aspirasen a escribir «con frecuencia o casi de diario en un pliego o grande hoja volante, que se estampa periódicamente y se difunde entre el público, a veces por centenares de miles de ejemplares», ni que se fijaran formas, modelos y convenciones propios en el diseño de los periódicos, no solo diarios (Valera, 1898, p. 39); pero, en mi opinión, no tiene sentido analizar un proceso histórico solo a la luz de sus resultados.

Con excepciones bien conocidas, pero no muy numerosas, los estudios literarios de la prensa no se han sustraído al influjo de los grandes autores ni a la tentación de acomodar sus biografías en un esquema teleológico, presentando la colaboración en publicaciones periódicas como un recurso crematístico y/o una suerte de ritual de paso liminar en la carrera literaria. Ese planteamiento, derivado de la idea de que periodismo y literatura fueron modalidades de escritura distintas, ignora la compleja interacción de circunstancias individuales y factores colectivos que sostenía la marcha cotidiana de los periódicos. Las condiciones editoriales de la prensa, por lo general restrictivas en el tiempo y en el espacio, se han conceptualizado predominantemente como consecuencias de la racionalización económica de una industria, cuando en realidad fueron también factores intrínsecos a la producción artística llamada a ser pública. Las técnicas aprendidas en la lectura de obras literarias y en el estudio de las artes poéticas y retóricas se aplicaban a los asuntos disponibles, en las peculiares circunstancias de la prensa, que, al abrirse a la presencia regular de un público amplio y anónimo, hacía viables nuevos recursos y efectos expresivos. Con la eterna presión del día, la selección de temas y materiales se atenía, en la mayor parte de los casos, a criterios de relevancia, oportuni-

dad, adecuación y decoro no muy diferentes de los que regían en la literatura canónica, matizados por la inscripción de los textos en una sección más o menos definida o en un determinado tipo de publicación. Con el nombre —en cierto modo paradójico— de «literaturas periódicas» designaré las modalidades textuales que surgieron de estas nuevas prácticas de escritura.

La expansión de la prensa no supuso solo la apertura de nuevos cauces y medios para difundir textos escritos con vocación literaria, sino también el desarrollo de géneros y modelos estéticos adecuados a esos espacios y sujetos a ritmos y cadencias más o menos regulares; pero ese proceso gradual no hizo que la materia literaria quedara confinada a determinadas partes o secciones del periódico, ni contuvo la proliferación de recursos y discursos poéticos, ficcionales y miméticos en la prosa periodística. Como ha escrito Cecilio Alonso (2010, pp. 106-107) a propósito de la prensa diaria, «la literatura en el periódico era forma y contenido»: «aparte del escueto lenguaje informativo en constante depuración —o corrupción para los puristas—, la vieja retórica se hacía presente en el discurso político, en el artículo de fondo o en la crítica de arte, en el folletín o en secciones misceláneas»; a la vez, «el concepto amplio de literatura —donde todo lo escrito era literario— cedía a la distinción entre géneros *inactuales*, que aparecían en la prensa en virtud de su función recreativa o instructiva, y los *informativos de actualidad*, que la explosión de los medios fue decantando después de la revolución liberal».

Las literaturas periódicas oscilan entre lo actual y lo inactual. Los análisis que propongo no toman como referencia la dualidad de literatura y periodismo sino, más bien, las tensiones entre lo caduco y lo perenne, entre lo cíclico y lo único, entre lo recurrente y lo ocurrente, que vinieron a relativizar la secular identificación de la escritura con la permanencia: como comprobaremos en distintas lecturas de diversos autores, la ansiedad del plazo solía ir entreverada con la aflicción de ver los frutos de la urgencia tan rápidamente periclitados.

Debido a la variedad y la amplitud de los asuntos tratados, los capítulos de este libro tienen cierta extensión y una estructura a veces compleja: casi todos ellos empiezan con un apartado que parece retroceder en la argumentación para abordar antecedentes y aspectos contextuales, y se ramifican después en varias direcciones complementarias. Pese a las dificultades

que entraña, esta organización se ha ido imponiendo a lo largo del tiempo, pues, de otro modo, el afán de exhaustividad habría llevado a la disgregación de los argumentos, y el deseo de precisión habría forzado una separación excesiva entre lo general y lo particular. Espero que los lectores disculpen la aspereza de algunas transiciones y la morosidad de algunos análisis.

En el primer capítulo se ofrece una visión de conjunto de la problemática que los demás ilustran y desarrollan; se describen, desde el punto de vista de nuestro tema, algunos de los soportes periódicos que convivieron en la segunda mitad del siglo XIX; y se caracteriza, con la mayor brevedad de que he sido capaz, la incidencia de las formas editoriales en los textos y discursos que los pueblan. En el capítulo segundo se argumenta que la oposición entre el periódico y el libro, tan presente en los imaginarios culturales de la época, fue un factor importante en la conciencia poética de los escritores que emprendieron su carrera literaria a mediados de siglo; el estudio de cuatro volúmenes publicados en 1864 permite comparar las prácticas y las ideas sobre la escritura pública de cuatro autores situados, por distintos motivos, entre el periódico y el libro: Ángel Fernández de los Ríos, José María de Pereda, Eusebio Blasco y Fernando Martínez Pedrosa.

El tercer capítulo se centra en la actividad literaria de varias autoras que defendieron su derecho a participar en la cultura del día. La prensa periódica era un cauce idóneo para inscribir su trabajo poético, sujeto a rigurosas prescripciones morales, en las formas de escritura propias de la comunicación íntima y en los tiempos de la vida doméstica, de modo que los propios ciclos editoriales reforzaban las impresiones de espontaneidad y falta de artificio que, según el tópico, convenían a la literatura escrita por mujeres. El capítulo cuarto está consagrado a Manuel Fernández y González, quizá el mejor exponente de la industria de las entregas en el período que nos incumbe: el examen de una de sus obras más conocidas, escrita para el folletín de *La Discusión* entre 1856 y 1859, permite determinar la incidencia del medio periodístico en la novela, y viceversa, y da pie a valorar, ya a propósito de otros textos, predominantemente publicados por entregas, las posibles correspondencias entre los usos redaccionales del autor, las formas narrativas que utiliza y los modos de difusión, impresa y oral, a que estaban llamadas sus obras.

Los dos últimos capítulos tratan de dos autores que escribieron casi a diario, desde varios periódicos, para unos públicos de facciones anónimas

e inciertas. José Fernández Bremón ejerció como cronista general de *La Ilustración Española y Americana* entre 1876 y 1910, año de su muerte: en el capítulo quinto se estudia cómo selecciona y reelabora un sustrato de discursos, no solo escritos, y cómo los convierte en textos aptos para ocupar la página noble de una revista ilustrada dirigida a las clases medias y la burguesía. Si este capítulo se ciñe a una sola publicación y a un único género, el último aborda una obra amplia y heterogénea, la de Leopoldo Alas, *Clarín*, que se fue diseminando en distintos periódicos durante más de un cuarto de siglo: se comprueba así hasta qué punto la exigencia de periodicidad puede convertirse en un factor intrínseco de la experiencia estética, que le da sentido a la actividad íntima de escribir y permite que en esa soledad, reverbera la evanescente presencia figurada de un público.

El propósito de este libro es, en síntesis, estudiar prácticas culturales surgidas o generalizadas con la expansión de los impresos efímeros y periódicos, en los cuales se divulgaban textos relativamente breves, fruto de la escritura regular y discontinua, y versiones fragmentadas, serializadas o no, de textos más extensos. En la mayor parte de mis análisis he partido de las prácticas de producción, consideradas como nodo en que los diseños del escritor convergen con sus conocimientos y sus prejuicios sobre las posibilidades materiales disponibles para realizarlos y para proyectar su obra hacia un lector modelo y, en una esfera más amplia, hacia *el público*. Por lo general, mis consideraciones sobre los lectores y sus prácticas se refieren más a las figuras de un receptor implícito o virtual que a los públicos empíricos aunque, siempre que ha sido posible, he contrastado las representaciones con otras fuentes. Al incorporar los imaginarios editoriales a la interpretación de los fenómenos abordados, se hacen evidentes las complejas mediaciones que condicionan la historia de los textos y se aprecia mejor el funcionamiento del sistema de la prensa, en el que fueron constantes las transferencias y contaminaciones entre distintas secciones y entre publicaciones de diversa naturaleza, producidas y distribuidas en ciclos de periodicidad asíncronos. Las recurrencias de términos de significado movedizo, de asuntos, figuras y acontecimientos que atraviesan, con modulaciones continuas, distintas instancias del campo mediático, desde el diario (con sus diversas secciones y suplementos) hasta la revista ilustrada y el libro (sea recopilación de textos ya publicados con anterioridad o no) ponen de relieve el dinamismo de los procesos sociales y culturales que sostienen la experiencia del presente.

Como consecuencia del enfoque adoptado, podría parecer que la prensa diaria recibe, en estas páginas, menor atención que la semanal, decenal y quincenal. Es cierto que solo algunas rúbricas y colaboraciones recogidas en ciertos diarios han sido objeto de análisis específicos, y que ni las controversias parlamentarias ni las secciones de noticias, que son dos aspectos esenciales de la prensa cotidiana, forman parte de nuestro asunto principal. Aquí, la prensa diaria se ha tenido en cuenta desde dos puntos de vista complementarios: por un lado, como origen posible —no único ni determinante— de procesos de irradiación, reescritura y reelaboración que atraviesan diversas instancias mediáticas y, por otro, como espacio de reflexión, circunscrita a ciertas secciones de determinados periódicos, sobre la propia labor de escritura y sobre las representaciones del mundo a las que da lugar.

Se trata, en última instancia, de analizar cómo se inscribían los textos en los tiempos de su producción y su lectura, pero también en una vivencia y una percepción del tiempo histórico. «Ogni concezione della storia», escribe Giorgio Agamben (2001, p. 93), «è sempre data insieme con una certa esperienza del tempo che è implicita in essa, che la condiziona e che si tratta, appunto, di portare alla luce. Parimenti ogni cultura è inanzitutto una certa esperienza del tempo e una nuova cultura non è possibile senza un mutamento di questa esperienza». La cultura de la periodicidad se corresponde, en efecto, con una nueva experiencia colectiva del tiempo histórico que se configura en las prácticas de escritura y de lectura: la vida cotidiana queda escindida entre la entrecortada multiplicación de instantes que caracteriza el auge de la mercancía impresa y el flujo del tiempo sin experiencia de la actualidad.

*

El origen último de este libro se encuentra en mi tesis doctoral, dirigida —con discreción nunca bien ponderada— por José Manuel González Herrán y defendida en octubre de 2010 en la Universidad de Santiago de Compostela. A Jean-François Botrel, Alison Sinclair, Leonardo Romero Tobar, Celso Almuíña Fernández y Cristina Patiño Eirín, que la juzgaron con benevolencia, les debo correcciones y consejos que he tenido muy presentes al escribir, al reescribir y al borrar.

El paso del tiempo y el avance de otras investigaciones sobre temas afines me han movido a revisar, en algunos pasajes profundamente, el con-

tenido de aquella tesis para transformarla en libro. No he sido rápido en darlo a la imprenta, y el borrador ha conocido distintas formas a través de varias épocas. Por otra parte, los medios disponibles para estudiar la llamada «prensa histórica» han evolucionado muy deprisa en las dos últimas décadas: como tantos otros, empecé mi investigación trabajando con papeles y microfilmes y, gracias a la rápida digitalización de fondos conservados en bibliotecas y hemerotecas de todo el mundo, la he terminado en condiciones muy diferentes, accediendo fácil y tranquilamente, desde cualquier lugar, a colecciones cada vez más amplias. Pero, en estos últimos años, me ha preocupado el riesgo de confundir lo que se encuentra al alcance de la mano con la totalidad de mi objeto de estudio y la acumulación de datos con el análisis cultural.

En las muchas vueltas de este camino, algunos amigos y compañeros me han regalado alientos y pistas que he procurado no desperdiciar: aunque no pueda nombrarlos aquí uno por uno, confío en que se den por aludidos al leer estas palabras que dicta la gratitud. También quiero dar gracias a quienes han puesto de su parte, en los distintos lugares donde he trabajado, para que siempre pudiese conciliar la investigación con la docencia, y viceversa; y a quienes creyeron que mis trabajos merecían la pena y me invitaron a exponerlos en Santiago, en Madrid, en Montpellier, en Rennes y en Quebec.

Dos estancias de investigación, entre 2014 y 2016, me ayudaron a entender mejor qué vías debía seguir. En Cambridge, Nadia Oberto, Samuel Llano y Alison Sinclair me incluyeron en sus actividades y en sus ocios y, con sus palabras y sus ideas, me incitaron, quizá sin darse cuenta, a acendrar y aguzar las mías. En Montpellier, Marie-Ève Thérénty y sus colaboradores en el centro de investigación RIRRA21 y en el proyecto Médias19 —con cuyo codirector, Guillaume Pinson, también he contraído importantes deudas de gratitud— supieron darle sentido a mi estancia entre ellos.

Al trazar la historia de este trabajo, me doy cuenta de que Jean-François Botrel y José Manuel González Herrán lo han orientado desde sus primeros pasos hasta su antepenúltima versión, a través de muchas fases distintas: quiero agradecerles a ambos la generosidad y el entrañable rigor con que siempre han acompañado mis proyectos, corregido mis borradores y apuntalado el ánimo.

Entre la penúltima y la última versión, y en adelante, quiero agradecer a las Prensas Universitarias de Zaragoza y al director de la colección Humanidades, Juan Carlos Ara Torralba, la generosa acogida que han brindado a mi libro, y a los evaluadores que han dictaminado sobre él, sus certeras observaciones.

Ya en casa, me debo a otros. Mi padre y mi madre han sido manantial perenne de aliento y soluciones, redoblando su entusiasmo cuando flaqueaba el mío. Con mi hermano, interlocutor de toda mi vida, he compartido siempre atalaya, biblioteca y calle. Mi compañera ha confirmado las viejas palabras del poeta en este tiempo en que «toda-las cousas eu vejo partir / do mund'en como soían seer». Sin la complicidad de Piotr H. Chorenu y de mis amigos y amigas —a veces aglutinada en torno a la barra, a veces demorada en la distancia— no me lo hubiera pasado tan bien escapando de estos trabajos que siempre se han alimentado del olvido.

Los años invertidos en este libro han sido pródigos en pérdidas, y no puedo evitar recordarlas al ponerle el punto: va dedicado a la memoria de mis manes y de mis lares, en todos los sentidos que se les quieran dar a estas palabras. A todos, gracias. *Vale*.

ÍNDICE

PREÁMBULO.....	9
I. CAUCES Y CONDICIONES DE LAS LITERATURAS PERIÓDICAS.....	19
Premisas.....	19
Proyecciones: lo fragmentario, lo serial y lo periódico	24
Inscripciones: lo individual en lo colectivo	34
Cultura oral y cultura escrita.....	42
Presente escrito y actualidad.....	53
II. EL AÑO LITERARIO DE 1864: CUATRO AUTORES ENTRE EL PERIÓDICO Y EL LIBRO.....	63
Introducción	63
Ángel Fernández de los Ríos: el libro como gesto	67
José María de Pereda: de la prensa de provincias al libro en Madrid	80
Eusebio Blasco: el escritor a toda costa.....	95
Fernando Martínez Pedrosa: la intimidad de los cuentos	109

III. LEER, Y ESCRIBIR PARA EL PÚBLICO: ÁNGELA GRASSI, MARÍA DEL PILAR SINUÉS Y FAUSTINA SÁEZ	121
Escrituras y escritoras.....	121
Publicidad: instituciones y empresas	128
Romanticismos: leer y escribir.....	138
Lo que no era la novela: exteriorización, exposición, arte.....	150
Síntomas e inhibiciones de una cultura novelesca.....	160
Moda, lujo y prostitución.....	168
Epílogo: la enemiga de la mujer.....	189
IV. FOLLETÍN, NOVELA POR ENTREGAS Y NOVELA ORAL: MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ	195
Notas sobre la industria de las entregas	195
Novelas periódicas y novelas en el periódico	208
Fantasía y fecundidad: de la improvisación al dictado	229
Tentativas sobre la novela oral.....	238
El escritor sin cuartilla en blanco	251
V. LA AMENA CONVERSACIÓN ESCRITA: LAS CRÓNICAS GENERALES DE JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN...	259
Revista y crónica: antecedentes y sustratos	259
Inscripciones de la crónica.....	270
Disposición de la crónica.....	281
Lectura del contexto e invención mediática.....	293
Del hecho al texto.....	298
Lo consabido: actualidades y periodicidades	311
Periodicidad y monotonía	320
VI. CRISIS Y CRÍTICA DE LA ESCRITURA PERIÓDICA: LEOPOLDO ALAS <i>CLARÍN</i>	327
Escrituras y periódicos	327
Lectores de <i>Clarín</i> , lectores de <i>El Solfeo</i>	331

Colectividad, perspectiva, posición: estilo	343
Escritura periódica e intención: la búsqueda del público	350
El escritor periódico ante los periódicos	361
Periodicidad, letra y memoria: hacer y deshacer el texto	372
POR VÍA DE CONCLUSIÓN	391
BIBLIOGRAFÍA	403

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en diciembre de 2020*



DURANTE EL SIGLO XIX, Y ESPECIALMENTE EN SU segunda mitad, las publicaciones periódicas conocieron una expansión sin precedentes que transformó las prácticas literarias y las experiencias de la cultura y la sociedad. El proceso, de alcance internacional, tuvo en España manifestaciones diversas y singulares. Alternando la visión panorámica con estudios de caso sobre autores canonizados y autores «raros y olvidados», este libro, basado en un estudio exhaustivo de la producción impresa de la época, ofrece un novedoso análisis de conjunto de un fenómeno fundamental de la cultura moderna.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza



SANTIAGO DÍAZ LAGE

es licenciado en Filología hispánica y doctor en Literatura española por la Universidad de Santiago de Compostela. Ha dado clase en esta y en las universidades de A Coruña, Vigo y Rennes 2, y actualmente es profesor en la UNED. Ha sido *Visiting Scholar* en la Universidad de Cambridge y miembro del centro RIRRA 21 de la Universidad Paul Valéry de Montpellier. Su investigación versa sobre la literatura y la cultura españolas del siglo XIX, con especial atención a la prensa periódica y los impresos efímeros. Ha compaginado los estudios sobre distintos autores y obras con trabajos de carácter más general sobre la novela popular, la sociología de la vida literaria y las transferencias culturales entre Francia y España.